

Otro arabesco pedagógico.

Inscripción 3-189 1

("Los Lunes de El Imparcial", Madrid, 22 diciembre 1913).



OTRO ARABESCO PEDAGÓGICO

¡Valgame Dios, y de qué poco sirve el empeñarse un hombre en aguzar sus explicaderas cuando habla ó escribe, si aquellos que le han de oír ó leer tienen las entendederas tupidas!

Dejándolo para cuando de más sosiego disponga el contestar á una consulta que sobre el trabajo me dirigió hace más de medio año, en el *Madrid Científico*, mi amigo y paisano J. Menéndez Ormazza, ingeniero de minas, me disponía á ensartar unos arabescos sobre la colección de ellos que es el libro de Manuel Machado *La guerra literaria*. Porque, ¡cuñado si rebosa sugerencias este manojito de escritos volanderos del amigo Machado!

¡Qué razón tiene Machado al decir que el pueblo es una cosa respetable y el público una cosa lamentable! ¡Y qué verdad es lo de que para enterarse bien de las cosas, lo que hay que hacer es sustituir el sentido común por un sentido propio! El mismo Manuel Machado, que es, en cierto modo, una víctima de la incomprensión de nuestro público, ha tenido que defenderse en una autocrítica, de que me prometo hablar despacio. Triste cosa esta de que un escritor tenga que pasarse parte de la vida defendiéndose de los ataques de aquellos que ahitos del más bazofiesco sentido común están faltos del propio. Y ay del que tenga un lenguaje interior propio, porque el público no conoce otro idioma que uno de lugares comunes, frases hechas y comodines de la incomprensión.

¡Bien me dijo el pobre Félix Méndez—y cómo buscaba adaptarse á la incomprensión pública—que el ingenio lo pone el que lee!

Estaba pensando en estas cosas cuando diéron mis ojos con una nota que pone el señor Rodríguez Marín á los versos que cantó Don Quijote, arrimado á un tronco de un haya ó de un alcornoque, según el cap. LXVIII de la segunda parte de su historia.

Algunas de las notas que este señor erudito ha puesto á su edición del *Quijote* son divertidas; otras no lo son tanto. Tenía yo la idea de que el Sr. Rodríguez Marín era algo más, bastante más que un erudito; pero en esa nota (pág. 242 del tomo VIII) no lo demuestra. Al comentar yo esos versos que Don Quijote cantó y al cantarlos hizo suyos, exclamé: «¡Maravillosa sentencia en que se declara lo más íntimo del espíritu quijotesco!» Y ahora, al saber por el erudito Sr. R. Marín que esos versos no eran de Cervantes, sino de Pedro Bembo, me ratifico y corroboro en mi comentario. ¡De dónde ha sacado el erudito anotador del *Quijote* y diligente cervantista que el

Incluido en
"Inquietudes
y sus definiciones."

Ormaza



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES



Caballero de la Triste Figura, no encontrara mejor expresado su espíritu en unos versos de Bembo que en unos de Cervantes? Yo sí que digo ahora, remedando al erudito y dirigiéndome a él: ¡Dios le conserve la vista! Pero la otra, la de dentro. Que hay cosas para las que no bastan las gafas y lupas de la erudición, por fuertes que sean. No se estudia astronomía con microscopio. Ni con él se ve cómo se impuso Don Quijote á Cervantes, que nunca llegó á comprenderlo del todo.

Al leer esa nota de incomprensión eruditesca recordé aquella otra nota de tan amplio y hondo espíritu que la poderosa comprensión del gran erudito, pero mucho más grande pensador, Benedetto Croce, dedicó á un soneto de Tansillo, y puede leerse en sus *Problemi di Estetica*. El cual soneto de Tansillo, que figura en los *Eroici furori*, de Giordano Bruno, pasó mucho tiempo por ser de éste. Y Croce sostiene, con elevadísima crítica, que ese soneto que escribió Tansillo, y que Bruno, mal versificador, se apropió para facilitar la expresión de su impulso lírico,

es de Bruno. Como eran de Don Quijote—no de Cervantes, entendámonos—los versos que le tomó á Bembo para dar expresión á lo más íntimo de su espíritu. Cosa que entenderá muy bien Croce, que pasa de erudito.

Y he aquí que, estando en esto, me llega un semanario de primera enseñanza, que se publica en Reus, y en él una nota semanal, en que su autor la emprende con algo de lo que dije en mi *Arabesco pedagógico*, aparecido aquí mismo el 17 del pasado Noviembre. ¡Y qué cosas me hace decir el pedagogo reusense! Me supone enamorado de la escuela monacal, del régimen del fresno, del militarismo escolar y de la enseñanza apocalíptica. Y todo porque dije y repito que el enseñar jugando lleva á que se juegue á enseñar y á aprender, y ni se enseñe ni se aprende. Y por qué prediqué la austeridad.

Supone el pedagogo de Reus, y lo supone gratuitamente, que yo admiro á dos maestros á quienes cita. No, no los admiro como pedagogos. Al uno sólo le conozco de referencias, y las que me son fidedignas, no buenas, y al otro sí que le he visto trabajar. Y aunque admiro su intención moral, la labor pedagógica me parece... detestable. En pedagogía lo que importa no es tanto el cómo se enseña cuanto lo que se enseña, y no vale la pena de inventar juegos y payasadas para enseñar tonterías ó acaso disparates, si es que no doctrinas subversivas contra el Estado. Enseñar el índice de un libro de historia—fechas, batallas, dinastías, romanos, cartagineses, godos, etc., etc., ó aquello de metecos, pitecos, etc.—con juegos, no es enseñar nada.

Hay, además, una pedagogía de adaptación al maestro, ó sea del menor esfuerzo. Las madres, nodrizas, amas secas, rollas y *nurses* han encontrado maneras de manejar á los niños pequeñuelos que son las más





cómodas para las que los manejan, no para ellos mismos. A esto obedecen las mantillas. Se busca una transacción ó compromiso entre la comodidad y bienestar del niño y la comodidad y el menor esfuerzo de la niñera. Y casi me atrevo á afirmar que los cirujanos, por su parte, han hallado aquellos procedimientos que produzcan la menor molestia y el menor mal del operado con la menor molestia también y el menor trabajo del operador. Es un problema de máximos y mínimos. Y es muy humano que de tener que sacrificar uno ú otro interés la niñera, y hasta la madre, sacrifiquen el del niño al suyo propio, y el cirujano, por salir del paso ó no darse demasiado trabajo, ampute un miembro que se pudo conservar con cuidados. Sobre todo, si el paciente es pobre.

Lamentándome yo de la ceguera de un pobre niño, producida por la viruela, su madre, que estaba presente, al preguntarle por qué no le había lavado los ojos, me contestó: «Pero si se le llenaban de pus á cada diez minutos». Y replicando yo: «Pues lavárselos cada diez minutos», me dijo estas fatídicas palabras que me dejaron helado: «Vaya un trabajo». ¡Y era su madre!

Créame el pedagogo reusense que eso de que el maestro «se pasa la vida en una actuación intensa sobre el alma del niño confiado á su manipulación», no pasa de ser, en la inmensa mayoría de los casos, un piadoso deseo. Conozco á nuestros maestros de los tres distintos grados. ¡Como que formo en su número! Y eso de la actuación intensa no pasa de una leyenda.

Los maestros de los tres grados oficiales de enseñanza, nosotros, los verdaderos causantes de las huelgas escolares, hemos llegado á una pedagogía de adaptación y de menor esfuerzo. Tenemos las inteligencias de los niños y los jóvenes en mantillas y con chichoneras, porque eso nos evita molestias en la susodicha manipulación. Y el conjunto de prácticas y procedimientos que se organiza y transmite bajo el nombre de pedagogía





es, en gran parte, producto de esa experiencia del menor esfuerzo y el mínimo entusiasmo. Cuando llegamos a atesorar experiencia pedagógica, es la de un burro cansino. Hay que ver á qué refinamientos de técnica pedagógica llega un maestro que busca el que la escuela funcione sola, por sí misma, como esa máquina de hilar que en Béjar llaman *selfatina*, del inglés *self-acting*, que obra por sí misma.

No, no es la escuela monacal ni la enseñanza apocalíptica—aunque... ¿qué será esto? Yo no lo entiendo—lo que preconizo, sino, como ya lo dije, el heroico furor del magisterio, el entusiasmo recogido. Y nada de juegos y mejigangas para enseñar vaciedades, como son eso de que sean los periecos ó las definiciones de las partes de la oración, según el *Epitome* académico ú otro repertorio tan disparatado como él, ó la mera clasificación, quedándose en ella, de las virtudes cardinales, y si son cuatro, ó tres, ó siete. Y créame el pedagogo reusense que, por muchos juegos que invente, no logrará deleitar al niño enseñándole, v. gr., á qué forma de expresión llamamos pluscuamperfecto, lección perfectamente inútil para un niño de la escuela, y hasta para los más de los adultos. Pues no llevo á creer que se figure que eso que, á título de gramática se enseña, enseñe á nadie á hablar y á escribir con propiedad y corrección. Y lo que no se debe hacer es llamar lecciones de cosas á las que no lo son sino de palabras, y aun así, malas. En la escuela hay que formar hombres, no eruditos.

Y he aquí cómo la pedagogía tiene que ver con la erudición también. De todos los puros eruditos, los que no son mas que eruditos, los peores son los eruditos pedagógicos ó los pedaggos eruditos. Y, sobre todo y ante todo, lo que hay que hacer en la escuela es aguzar y encender—encender, sí, porque es cosa de fuego, de pasión—las entendederas de los niños para que no resulten luego estériles los esfuerzos que algunos hacemos por afinar nuestras explicaderas cuando vamos contra los tópicos resobados del sentido común, que es el sentido de la adaptación al mínimo esfuerzo, el sentido de la haraganería mental.

Y ahora, espere mi amigo Machado á que comente las sutiles observaciones de su libro *La guerra literaria*, y espere mi amigo Menéndez Ormazá á que dé vueltas en torno al concepto del trabajo. Y espere allá, en el mundo de la verdad verdadera, mi pobre muerto amigo Félix Méndez—que dé Dios goce—á que diga mi palabra sobre la tragedia de su vida y de su bondad.

Miguel de Unamano.



[Los Lunes de "El Imparcial", Madrid 22-XII-1913]

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS, VALES